

Un reto difícil: la construcción de la democracia en Haití

GÉRARD PIERRE-CHARLES

La Sociología latinoamericana en los últimos años ha ayudado a los pueblos a comprenderse mejor y a través de este proceso de conocimiento, hechos y situaciones que en otros tiempos parecían muy específicos a tal o cual país parecen insertarse mejor en la historia común, en la Sociología del hecho latinoamericano. Inserción que se da en tiempos y ritmos históricos variados y desiguales, pero que corresponden a determinada dinámica interna y a una articulación internacional propia de sociedades nacionales marcadas por el sello común del capitalismo del subdesarrollo y de la dependencia y de un sistema imperial sacudido por una profunda crisis.

Tal ha sido el fenómeno del fascismo o, si se quiere, de los regímenes autoritarios fundados en el terrorismo de Estado, que en sus variantes de tiempo y espacio han atravesado América Latina, dejando profundas huellas en las sociedades y en la conciencia al punto que hoy llega a Brasil un torturador haitiano, tenebroso personaje cuyo nombre sólo conocían sus víctimas, y la opinión brasileña, en forma espontánea, reconoce en él a algunos de los verdugos que la conciencia universal repudia.

Como muestra del hecho sociológico latinoamericano destacan los procesos de surgimiento de la democracia que se han dado en los últimos años en el continente, mismos que no tendrían ningún interés especial si fueran una simple reanudación de otras etapas de democracia, pero que muestran importantes elementos nuevos que conviene destacar: *a*) los logros de la conciencia colectiva, en cuanto al repudio a la tortura, la desaparición del fascismo y sus atributos terroríficos y en términos de valoración de los derechos humanos; *b*) el planteamiento de un debate nuevo respecto a la democracia, su contenido real *versus* su enunciado formal, su obligado carácter participativo y pluralista y la importancia del ejercicio efectivo de la soberanía popular, y *c*) el reconocimiento de la relación íntima entre democracia y soberanía, que lleva a los gobiernos surgidos de estos procesos a tener una actitud no de obediencia sino de desobediencia hacia el centro imperial de poder financiero y político.

Tales cambios serían inconcebibles e incomprensibles si no se relacionan los procesos actuales de democratización con la existencia en el continente de dos experiencias de democracia popular que han venido a quebrar el sistema conceptual y la misma legitimidad de la democracia representativa formal: la Revolución cubana y la Revolución sandinista.

Estas revoluciones, además de su contenido y significado latinoamericanos como cristalización de la larga marcha de los pueblos hacia la conquista de la soberanía popular y la soberanía nacional son también reflejo de una nueva relación de fuerzas en el nivel internacional que influye en el desarrollo político de los países del continente.

A partir de estas consideraciones, frente a la situación surgida en Haití en las últimas semanas se plantea un sinnúmero de interrogantes: ¿de dónde arrancó este movimiento popular que en un tiempo sorprendentemente rápido hizo añicos a una dictadura tan brutal y compacta, que además contaba con el apoyo estadounidense?, ¿cuáles han sido y cuáles son las fuerzas motrices de esta revolución democrática?, ¿cuáles son los objetivos y las posibilidades de logro de un movimiento popular tan amplio, en una nación marcada por la hipoteca de tantos años de opresión y cuya evolución está condicionada por factores geopolíticos tan obvios, ahora que el gobierno de Reagan, más que nunca en la política estadounidense, cuestiona el derecho de los pueblos a la autodeterminación?

I. LA DINÁMICA DE LA OPRESIÓN Y DE LA RESISTENCIA

Para responder a tales preguntas y reseñar al mismo tiempo las perspectivas de este movimiento de profundo alcance social y político es preciso recordar lo que ha sido la dictadura de Duvalier y, a través de las tres décadas que duró, captar la dinámica de la opresión, así como la dinámica de la resistencia, cuya confrontación dialéctica ha desembocado en esta singular movilización de masas, parte de una revolución pacífica cuya trayectoria es difícil de prever.

Conviene primero esbozar lo que ha sido la dinámica de la opresión duvalierista, poco conocida en América Latina porque, entre otras causas, las imágenes más conocidas de la misma, identificadas con "Papa Doc", "Baby Doc", los *tontons macoutes*, etcétera, parecen más bien folklóricas, siendo a menudo inspiradas por estereotipos racistas, paternalistas y otras motivaciones interesadas más bien en desinformar respecto de la situación haitiana.

El régimen de los Duvalier no sólo correspondió a una dictadura de tipo personal como las ha habido en América Latina en el siglo XIX. Aun teniendo algunas de esas características que analizamos en nuestro libro *Radiografía de una dictadura* (México, 1967; Montreal, 1973) bajo el concepto de "Papadocracia", ha sido fundamentalmente un régimen de tipo fascista. Surge en 1957, en un momento de crisis de la sociedad haitiana correspondiente al período posterior a la ocupación estadounidense que duró de 1915 a 1934 y dejó a sus hombres en el poder, en el marco de un régimen político de "democracia representativa". Este último entró en crisis en los años 1956-1957 y se evidenció entonces, frente a un creciente deterioro de la situación social y económica, la incapacidad para las minorías

dominantes de gobernar según la ley y los principios, así como el empuje de las masas populares descontentas. Desde entonces se manifiestan los rasgos fascistas del régimen que sale de la legalidad democrática representativa: desaparecen los poderes legislativo y judicial en sus funciones y diversos atributos, y el ejecutivo se hipertrofia. El terror viene a ser la principal fuerza de poder y se ejerce, a partir de entonces, la tortura y la desaparición. Haití es, junto con Guatemala, el país de América Latina donde estos fenómenos y el exilio masivo surgen primero.

Tales métodos ilustran el nuevo carácter de la dominación política: los *tontons macoutes*, que empezaron a funcionar por pequeños grupos paramilitares como los que surgieron posteriormente en el continente (la Mano Blanca en Guatemala, el Escuadrón de la Muerte, la Triple A, pasan a ser una terrible fuerza represiva con sus comandancias nacionales o locales, su cuartel en cada ciudad o aldea, y además de una red de espías, delatores y matones diseminados en todo el territorio, actuando como una fuerza de ocupación extranjera. El terrorismo de Estado aparece así con rasgos sumamente claros en Haití y fue claramente clasificado como tal por los científicos sociales mucho antes de que la literatura latinoamericana viniera a difundir los conceptos sobre el fascismo en Chile, Argentina y Uruguay. Además, desde un principio, dicho régimen contó con un aparato de represión moderno directamente conectado con las redes de inteligencia y los sofisticados medios de la CIA. De hecho, el duvalierismo ha sido durante 29 años la forma que ha adoptado el dominio de Estados Unidos en Haití.

¿Por qué esa forma tan brutal?; porque además de sus profundas tradiciones de lucha, Haití es históricamente el país más oprimido de América Latina, y por ser el más oprimido es donde las contradicciones sociales evidencian mayor desnudez. Como parte de la historia moderna de esta opresión está la ocupación estadounidense que duró 19 años, la más larga en estos tiempos del *Big Stick* y también la más sangrienta, la más negativa, ya que ni siquiera dio lugar al desarrollo de relaciones capitalistas de producción como en Cuba, en Puerto Rico y República Dominicana. Y el régimen de Duvalier ha extremado esta situación de opresión con un saldo de 30 000 muertos; un millón de exiliados políticos y económicos, y el saqueo de la economía del país, transformado hoy en el más pobre del continente.

El duvalierismo tuvo éxito en la implantación de este sistema de terror que alcanzó su eficacia sobre todo porque Haití, además de sus contradicciones extremas, no tenía las estructuras democráticas de Chile, Argentina, Uruguay, que podían constituir tantos elementos de resistencia y repliegue del civilismo, para enfrentarse con los aparatos de terror. Siendo en nuestro país mucho menos compleja la sociedad civil, el terrorismo de Estado alcanzó sus máximos efectos a nivel de cada individuo y la interiorización del terror logró su máxima eficiencia. Por todo ello, cuando murió François Duvalier en 1971 pudo dejar el poder a su hijo. La aplanadora había

pasado desestructurando la sociedad civil, destruyendo sindicatos, partidos políticos, así como líderes populares e incluso los de la clase política, neutralizando o cooptando al ejército y la Iglesia. Entre 1957 y 1977, el régimen de terror en su máxima expresión logró despolitizar a la población y sentar el poder absoluto de la familia Duvalier.

A partir de 1977 se notan algunos cambios en el esquema de dominación, los cuales coinciden con un relativo repunte económico. En efecto, desde 1971, Estados Unidos había concebido un plan de desarrollo de la maquiladora de Haití que tenía en cuenta la paz social existente en el país, condición que junto con la política de franquicias fiscales hacía del país el paraíso de los inversionistas. Además, la ayuda internacional proveniente de Estados Unidos, Francia y la República Federal Alemana fluye hacia el país más subdesarrollado del Continente.

En 15 años, Haití recibió 2 mil millones de dólares de ayuda en términos de préstamos, donaciones, etcétera. Así, una tercera parte de los ingresos del presupuesto (480 millones de dólares en 1985) provenían de Estados Unidos y, en menor medida, de Francia. Todo eso configuró una situación en la cual el gobierno tuvo que intentar cambiar su imagen en el exterior para satisfacer a sus protectores extranjeros que coinciden en un esquema de liberalización de cuatro puntos:

a) la represión selectiva; b) la realización de elecciones periódicas por lo menos a nivel legislativo; c) la renuncia al sistema anacrónico de la presidencia vitalicia instaurado por François Duvalier en 1964 y que también heredó Jean Claude Duvalier, y d) el libre funcionamiento de los partidos políticos. Todo ello dentro de un marco definido como "de respeto a los derechos humanos". Esta "liberalización" merece una gran publicidad y legitimización internacional. En realidad, las presiones en su favor nada más pretendían mejorar la imagen externa del régimen y hacerlo merecedor de la generosa ayuda del Congreso estadounidense.

De hecho, la estructura de violencia fascista seguía manteniéndose y al régimen le resultaba imposible liberarse por las mismas contradicciones inherentes a su naturaleza. Esta situación llegó a tal punto que cuando las presiones internas empezaron a manifestarse, un referéndum organizado por Jean Claude Duvalier, el 22 de julio de 1985, para ratificar que el pueblo aceptaba que siguiera como "Presidente Vitalicio", dio como resultado 99.8% de "sí". Solamente 449 personas, según este plebiscito, habían contestado "no". Esta farsa plebiscitaria le hizo perder toda legitimidad, al evidenciar la incapacidad del régimen para democratizarse.

Dentro de esas contradicciones surge un momento importante de la dinámica de la resistencia y la lucha que se expresa en el curso del año 1985 con la movilización de importantes fuerzas políticas. Es importante recordar que la lucha contra el duvalierismo se da desde 1957 con formas diversas, desde las formas civiles, ciudadanas, hasta las tentativas de lucha armada, todo ello ahogado en sangre. El penúltimo capítulo de este combate difícil fue una campaña en pro de los derechos humanos en 1977-1980

promovida por periodistas democráticos, frente a la cual el gobierno reacciona brutalmente, expulsando del país a 19 periodistas, precisamente en noviembre de 1979, mes en que Reagan sube a la presidencia de Estados Unidos.

Frente al cierre de cualquier camino de lucha legal, algunos sectores democráticos y sobre todo los sacerdotes de base, promueven la lucha a otro nivel: la instancia cultural. A partir de las prédicas religiosas del pueblo y de su labor pastoral promueven los reclamos por la justicia y la igualdad, así como por los derechos humanos. A raíz de esta penetración en el campo cultural lograron acumular las fuerzas que permitieron a la resistencia popular reforzarse en un período de vida subterránea, sin afrontar en lo político al régimen. Desde allí, dotado de la legitimidad moral y material que le dio su carácter popular, el movimiento de resistencia irrumpe en el campo político en 1985, suficientemente fuerte y con una dimensión nacional tal que el gobierno ya no lo puede reprimir.

Los hechos que coadyuvaron al desmoronamiento de la dictadura son conocidos, pero es preciso caracterizarlos: Una manifestación popular el 28 de noviembre en Gonaïves, la ciudad cuna de la independencia, es reprimida y tres de las cuatro víctimas son estudiantes de secundaria. A partir de este momento se enciende el país, en una profundidad y dimensión que nunca se había dado en toda la vida republicana. Incontables aldeas, comunas, ciudades medianas y la misma capital empiezan a manifestar su inconformidad contra el régimen. Las protestas populares son multitudinarias. Todo el esquema del terror firmemente mantenido durante años empieza a resquebrajarse. La gente firma los manifiestos con su nombre y sale a la calle ya abiertamente gritando rebelión. Es un cambio cualitativo y cuantitativo que se da. En diciembre y enero, después de que los estudiantes se declaran en huelga, los comerciantes, los médicos y los transportistas se adhieren al movimiento, que culmina con la huelga general.

La jerarquía católica apoya el movimiento y las Iglesias protestantes hacen lo mismo. La Cámara de Industriales también. La amplitud del movimiento popular neutraliza el aparato represivo que no puede lanzar eficazmente a los miles de *tontons macoutes* contra los cinco millones de haitianos en pie de lucha, quiebran asimismo el esquema del apoyo estadounidense a Duvalier. Washington, que había respaldado a la dictadura durante 28 años, es obligado a partir de la semana del 28 de enero a voltearle la espalda, Duvalier tiene que salir del país en un avión de la fuerza aérea de Estados Unidos. El pueblo se lanza a la calle, y así se abre una nueva etapa en la historia contemporánea del pueblo haitiano.

II. LAS FUERZAS SOCIALES

La dictadura de François Duvalier representaba a un sector importante de la oligarquía: terratenientes, notables de las ciudades del interior, co-

merciantes, parte de la clase política, sectores de la pequeña burguesía en busca del empleo público, elementos del campesinado y de las capas populares atraídos por los privilegios y la autoridad inherente a la condición de *tonton macoute*.

Tal régimen significaba una “tentativa de renovación del orden socio-político por la promoción de nuevas formas, mecanismos y agentes de dominación, susceptibles de asegurar la sobrevivencia del sistema” Pretendía ampliar “la élite del poder tradicional negro y mulato introduciendo elementos procedentes de la pequeña burguesía negra, comerciantes y terratenientes, esforzándose en crear una solidaridad de clase económica y política entre esos antiguos y nuevos sectores dominantes, amplificando asimismo las bases sociales del Estado y el burocratismo con elementos de las capas históricamente marginadas del lumpen y de la clase media”.

Esas características corresponden a la década de los sesenta. Sin embargo, numerosos sectores oligárquicos, que en un primer momento se habían negado a ello, se fueron incorporando al bloque del poder al arribo de Jean Claude Duvalier a la presidencia y su anuncio de una “revolución económica” con ayuda externa.

De 1971 a 1980, tal ampliación alcanzó un nivel máximo debido a diversos factores: 1) la burguesía industrial coincide con el proyecto económico estadounidense de promover la industria con base en la maquiladora. Numerosos empresarios locales se asocian con capitales extranjeros para trabajar en empresas destinadas a la exportación, fenómeno que refuerza el apoyo burgués a la dictadura; 2) la yuda internacional masiva que va creciendo en esta década permite la formación de nuevos sectores burgueses con base en la especulación y los contratos públicos; 3) se incorporan fracciones de la clase política hasta entonces con reservas hacia el poder a medida que la asistencia externa y el auge económico construyen factores de legitimidad, además de ofrecer nuevas posibilidades de empleo público, y 4) con la anunciada liberalización, sectores de la pequeña burguesía tecnócrata que habían estudiado en el extranjero regresan al país buscando, a través de los múltiples programas de ayuda, alguna posibilidad de empleo.

Esta ampliación del bloque oligárquico alrededor de Jean Claude Duvalier se consolidó mediante el matrimonio de éste con una mujer de esa burguesía. A ello se añade la llamada “revolución económica”, las grandes cantidades de ayuda estadounidense que no disminuyen ni en el contexto de la política de los derechos humanos de Carter. La dictadura adquiere una legitimidad y honorabilidad que nunca había alcanzado. Los “sueños vitalicios” se alimentan, así como un recurrente proyecto de liberalización que tiene 3 etapas:

- 1) La anunciada en 1971, fue sólo un cambio de estilo represivo para disminuir la excesiva presencia de los *tontons macoutes* y del crimen organizado en las esferas oficiales. De hecho, tal maniobra no dejó de ser una simple mercancía de exportación, ya que todas las estructuras represivas quedaban intactas, así como el fenómeno del terror.

- 2) La democratización correspondiente a 1976-1980, cuando la política de los derechos humanos de Carter obligó a abrir algunos espacios democráticos, mismos que fueron rápidamente cerrados debidos al miedo del gobierno de ser rebasado por la opresión.
- 3) A partir de 1980, pese al respaldo de la administración Reagan la crisis del neodualierismo se manifiesta cada día con mayor claridad.

Entre los factores que estimulan esta crisis está la reversión de la tendencia al auge económico que cubrió casi la década de los setenta; la promoción alrededor de J. C. Duvalier de elementos jóvenes ambiciosos, entre ellos su misma esposa Michele Bennett, que se disputan sus favores con los dinosaurios de la vieja guardia y manifiestan asimismo un apetito de riqueza desmedido, lo que provoca crecientes fisuras en el bloque dominante. Además, la recesión económica intermedia empieza a afectar a algunas fracciones aliadas de la burguesía, situación que es agravada por algunas medidas tomadas por el FMI para limitar las importaciones, sobre todo de artículos de lujo. Es preciso destacar al respecto que el auge en los años setenta se caracterizó por un aumento de las exportaciones de productos de la industria de ensamblaje (electrónica, juguetes, ropa) así como por la disminución del café, producto tradicional que pasó de 80% de las exportaciones en los años sesenta a 40% a fines de la década de los setenta.

La expansión del comercio exterior, sin embargo, se da mayormente a nivel del comercio de importación, ya que la masa de los emigrados desde el extranjero transfieren cuantiosos recursos en divisas a sus familiares en el país (150 millones anuales). Tales transferencias propician una propensión a la importación excesiva, misma que era aprovechada sobre todo por la burguesía importadora. Así que las medidas adoptadas por el FMI para frenar las importaciones vinieron a crear elementos de disociación en el seno del bloque dominante, lo que se acompañó de algunas quiebras en el sector industrial, mientras que el nuevo e insaciable clan Bennett disfrutaba del poder y los privilegios con exceso de lujo y despilfarro.

En este contexto irrumpe en el país la prédica en favor de los derechos humanos, que logra sensibilizar a amplios sectores de la población. Además, el uso del créole —el idioma nacional en la información y la concientización política— tanto por la izquierda como por la Iglesia estimula a la masa de la población a aumentar su participación política, y el deterioro de las condiciones de existencia, el cierre de algunas empresas, el término de la tendencia expansiva del empleo, además de la crisis agraria sin precedente que provocó una bestial pauperización de las masas rurales, urbanas y la pequeña burguesía, lanzan nuevos sectores sociales al cuestionamiento del régimen.

Esta nueva etapa de descontento y concientización pasa por un período de acumulación y sedimentación lo bastante largo como para liberarse de la fuerza de inercia del terror y de la pasividad. Pero, desde los sectores de las pequeñas burguesías, a principios de la década de los ochenta empiezan a verse claras muestras de repudio al régimen. Como válvula

de escape funciona "la emigración", mediante la cual los más resueltos a luchar por la vida tratan de resolver el problema del empleo y de mejorar sus miserables condiciones de vida. La clase obrera, totalmente desestructurada en cuanto a organización sindical, protagoniza las primeras manifestaciones de huelgas, sobre todo en los sectores de las industrias de ensamblaje poblado por obreros jóvenes y especialmente mujeres.

Las poblaciones de la provincia afectadas por los bajos precios del café y por los fuertes impuestos también manifiestan inconformidad, misma que estalla en mayo de 1984, en Gonaives y otras ciudades del interior. En estos disturbios se expresa también la rebelión del campesinado, que ha sido la víctima permanente del duvalierismo, y que ha perdido sus tierras y toda seguridad bajo la presión de los *tontons macoutes*. Por ello, los campesinos reaccionan organizándose en asociaciones de desarrollo de la comunidad, en proyectos de desarrollo rural y en comunidades de base, animados por el clero. Su descontento va a la par con su mayor concientización.

El deterioro de las condiciones de existencia, constante durante todos estos años, alcanza nuevos grados que corresponden ya no sólo a la miseria extrema sino a la completa deshumanización. Y la conciencia del pueblo es cada día más clara en la comprensión de la relación existente entre su situación y la permanencia en el poder del régimen de los *tontons macoutes*.

En este proceso de concientización resulta decisivo el papel de la juventud, ya influida por las ideas del socialismo y de los sectores cristianos. Por más que la izquierda como fuerza no aparece en el proceso, su influencia resulta imprescindible como presencia histórica de los comunistas que en la década de los sesenta llegaron a tener una base organizada en el territorio nacional durante algunos años, siendo los únicos que se enfrentaron directamente a la dictadura. De ahí la base de ese proceso de acumulación de conciencia que estimula la Iglesia y que desde el campo de la concientización cristiana, promovida por la teología de la liberación, amplía la acción social orientada hacia la movilización de las mayorías. La labor de la Iglesia ha sido decisiva en esta gran tarea de evangelización en aras de la liberación, ya que ha coadyuvado a la constitución del bloque popular contra el duvalierismo y la opresión.

Es a partir de esos cimientos que la movilización popular entró al escenario político con un carácter masivo y se extendió por todo el país.

Dicha movilización se traduce en este gran movimiento de masas que desde la provincia sacude las bases del poder, hecho que reviste una importancia histórica ya que desde el tiempo de la ocupación estadounidense la provincia había sido marginada totalmente de la vida política. Con la participación de las regiones más atrasadas del *arrière pays* se sientan las bases mismas de la participación popular en el proceso político y en la perspectiva de la construcción democrática futura. Esta participación de la base entrena a los diversos sectores sociales en el bloque popular, que logra romper el esquema de la dominación y da al pueblo por primera vez la conciencia de su fuerza histórica.

Por ello, el pueblo emerge en el escenario político del cual estaba ausente desde la campaña electoral de 1957, en la que tuvo un papel subalterno, sin reivindicaciones propias, arrastrado por los líderes políticos en busca de la presidencia. Ausencia más real desde 1946, cuando se dieron grandes luchas democráticas, mismas que fueron frustradas por la clase política; o en 1930-1934, en que el pueblo se rebeló pacíficamente contra la ocupación estadounidense, lo que desembocó en una componenda entre los sectores políticos. De hecho, el antecedente más real de esta participación popular autónoma, con reivindicaciones democráticas y nacionales, viene a ser el período de la lucha militar contra la ocupación estadounidense en 1915-1919, cuando Charlemagne Péralte encabezó un amplio movimiento de masas por la soberanía nacional.

Ahora, sin embargo, al carecer de fuerza armada, la participación del pueblo no llegó a tener la fuerza determinante que podía tener, y se ha notado también la ausencia de una conducción política que ha limitado el alcance de esa amplia movilización popular. Esta acción popular al fin se tradujo por el derrocamiento de Duvalier, pero no condujo al acceso al poder político de los sectores populares. El poder cayó en manos del ejército, que hasta el final resultó leal al duvalierismo.

La situación política hoy se caracteriza por un avance extraordinario en comparación con ayer. La participación de las masas abre grandes perspectivas históricas. La misma dinámica de las fuerzas sociales, congelada durante tanto tiempo, se vuelve a expresar no sólo en términos de resistencia sino en grandes reivindicaciones populares, democráticas y nacionales.

III. LAS FUERZAS POLÍTICAS: TENDENCIA Y PERSPECTIVA DEL MOVIMIENTO

El Consejo Nacional de Gobierno que asumió el poder dejado por Duvalier es producto de una negociación en la que participó la embajada estadounidense, expresión del dominio externo que se ejerce desde hace 70 años sobre la nación haitiana, y del ejército, como institución que reclamaba el monopolio de la fuerza pública contra los *tontons macoutes* y los sectores de oposición, representados por el profesor Gérard Gourgue, presidente de La Liga de los Derechos Humanos. Tal oposición, conformada a partir de la acción de la Iglesia y de otras fuerzas democráticas, oligárquicas y populares es la que mayor autoridad moral y política tiene, pero la que goza de menor fuerza real en esta alianza. Una muestra de la fuerza política de esta oposición es el hecho de que el ejército, con sus características despóticas, tuvo que aceptar dividir el poder con representantes civiles de la oposición, lo que es totalmente nuevo en la historia política haitiana e incluso poco usual en América Latina, ya que cualquier situación de esta índole —caída del gobierno y recesión de poder— la resuelve el ejército en forma exclusiva.

Sin embargo, el insuficiente poder de la movilización popular, la ausen-

cia de conducción política y la falta de estructuración en partidos representativos y organizados, hizo posible que dentro de este órgano de poder las fuerzas duvalieristas estén representadas por un civil, ex colaborador de los dos Duvalier, y un elemento de las fuerzas armadas que fue cooptado por el duvalierismo, a tal punto que es identificado hoy más con éste que con el ejército. Tal presencia refleja, además, el hecho de que el ejército en sí nunca asumió postura antiduvalierista y que aun frente a la crisis lo más a que pudo aspirar fue a la neutralidad.

Todo ello da al Consejo Nacional de Gobierno una representatividad muy cuestionada, que se evidenció a los pocos días de que asumiera el poder mediante el documento político conocido como "Las 25 demandas populares de Gonaives" que exige como punto central eliminar del gobierno a las figuras identificadas con el duvalierismo.

Además, las contradicciones reales que existen, en su seno le dificultan cualquier postura coherente frente a una reivindicación tan esencial como es la lucha contra el duvalierismo y sus representantes en el poder y, al mismo tiempo, sobre este gobierno de transición pesa la tradición del vínculo subalterno de las clases dominantes del Estado haitiano y en particular del ejército *vis à vis* Estados Unidos, así como la gran dependencia económica heredada del duvalierismo, incluso a nivel del presupuesto nacional y de los repartos de alimentos, lo que le da al Consejo de Gobierno una debilidad particular.

Durante el duvalierismo, y a partir de 1978, dos eran las agrupaciones formalmente semilegales: el Partido Demócrata Cristiano, presidido por Sylvio Claude, y el Partido Social Cristiano encabezado por Gregoire Eugène. Aun cuando tenían una existencia formal, dichos partidos nunca funcionaron como tal. La dictadura no les dejaba ningún espacio, por ejemplo tener un local, o un periódico, realizar mítines o estructurar una organización partidaria. Por lo tanto, más que cualquier programa o fuerza política real fueron sus líderes, sobre todo Sylvio Claude, agigantado por el valor personal que demostró en su lucha, quienes constituyeron las referencias únicas de estos partidos políticos. Además de esas personalidades, figuran también en estos últimos años Hubert de Ronceray, ex ministro de Duvalier, sociólogo, que tenía alguna influencia en la pequeña burguesía intelectual y Alexandre Le Rouge quienes por sus declaraciones podían influir en la opinión pública.

Sylvio Claude parece corresponder a un demócrata, con bastante arraigo en las masas de la capital, que busca sobre todo una fórmula de funcionamiento para una democracia pluralista con cierta participación popular. Gregoire Eugène expresa las vacilaciones y el oportunismo de un sector de la pequeña burguesía, que va a luchar por la presidencia de la República sin ningún proyecto político.

Fuera de esas dos agrupaciones, el debate que empieza a darse en los órganos periodísticos refleja el interés para la realización de las elecciones en plazos bastante cortos y el funcionamiento de un sistema de democracia

con elecciones periódicas. Eso corresponde a la visión más generalizada de una población que durante 29 años han sido privados del derecho a elegir a sus representantes. Pero más allá de estos pasos formales, hoy día se plantea la cuestión de la estructuración de los partidos y su definición frente a los temas principales de la vida nacional, y es a partir de ello que se va a resolver la crisis de hegemonía que caracteriza el momento actual.

La Iglesia, por su organización a nivel nacional, por su participación en el movimiento de resistencia y por la formación político-ideológica de sus cuadros, desde la Conferencia de Religiosos Haitianos hasta la Conferencia Episcopal, tiene un papel destacado en cualquier proyecto democrático. Sus principales figuras, Monseñor François Gayot así como el obispo Wilhem Romelus, han expresado su vocación participativa en la vida social y política del país. La promulgación hace 3 años de un importante documento llamado la "Charte de l'Église d'Haiti", en donde se han planteado cuestiones fundamentales sobre democracia, desarrollo y educación popular muestra que esta institución está diseñando un proyecto de sociedad que corresponde a las inquietudes de los sectores más avanzados.

Hasta ahora el Vaticano había apoyado la lucha de la Iglesia por los Derechos Humanos en Haití. Sin embargo, en esta nueva fase, se orientará seguramente hacia la detención de las tendencias más avanzadas y la promoción de los sectores más conservadores, que coinciden con los planes de Estados Unidos hacia Haití. De todos modos, es preciso destacar que la Iglesia católica constituye hoy día una de las fuerzas más positivas, susceptible de coadyuvar a los proyectos de democratización en el sentido del respeto permanente de los derechos humanos, la instauración de un régimen de derecho y la incorporación de los sectores populares a la vida política.

Los sectores de izquierda, en particular el Partido Unificado de los Comunistas Haitianos, que durante estos 29 años ha tenido connotada participación en la resistencia, la labor de educación así como al esfuerzo organizativo, se han hecho poco presentes en la crisis de modo autónomo. Dos factores han condicionado esta débil participación de los comunistas en la fase reciente de la lucha: los efectos de la represión que les golpeó hace más de una década y que ha limitado desde entonces su capacidad de reproducción de cuadros y de liderazgo y la virulencia del anticomunismo durante el duvalierismo. No obstante, por identificarse con las grandes demandas populares en pro de la democracia, el PUCH ha estado de lleno en el movimiento. En la nueva situación, sus posibilidades de mayor presencia en la escena nacional son reales, en el sentido de una mayor estructuración de las fuerzas sociales y populares.

Como otro sector de izquierda, existe una organización partidaria, la Unión de las Fuerzas Patrióticas y Democráticas de Haití (IFODAPA), cuyo perfil se ha identificado con la Social Democracia y que, desde el exterior ha logrado cierta presencia en el país.

Estas fuerzas de izquierda, y otras que van a surgir o a tener una mayor

presencia en el país (En Avant, Mouvement de Liberation Haitienne, etcétera) son susceptibles de contribuir a afianzar un camino democrático, nacional y popular.

La débil estructuración de las fuerzas sociales y políticas muestra las grandes limitaciones de la democracia en Haití. Si bien la acción de las masas fue estructurada desde su misma base, ninguna organización ha sido capaz de asegurar la conducción del movimiento popular. La fase que se inicia implica mayor politización, mayor capacidad de organización, y la definición paulatina de una nueva hegemonía que pueda ir en el sentido de las reivindicaciones del pueblo.

Dentro de este panorama, es preciso señalar ciertas fuerzas que todavía no se avizoran en el escenario, pero que están ahí, ligadas a las viejas estructuras de poder y sobre todo a las tradicionales conductas de sumisión hacia la embajada estadounidense. Estas fuerzas oligárquicas, a través de diversas figuras, buscan recomponerse en la batalla para la presidencia de la República. Algunas emergen desde el exilio, y otras, en el país mismo, están definiéndose poco a poco. Ya que el duvalierismo había destruido el liderazgo, incluso de las clases dominantes tradicionales, la recomposición del mismo es una de las tareas del momento, en la que el ejército va a desempeñar un papel importante. La tradición autoritaria de este cuerpo sigue presente, y hasta ahora no se ha destacado en su seno ningún sector antiduvalierista que pueda satisfacer las demandas democráticas que el pueblo exige. Todo ello, en un contexto geopolítico en que la acción imperialista está orientada al reforzamiento de su control sobre Haití. Contexto marcado por la vecindad con República Dominicana, una nación agitada por grandes contradicciones sociales en que las fuerzas democráticas y revolucionarias son mucho más organizadas. Un país también en donde la oligarquía y las fuerzas armadas, siempre han tenido vínculos estrechos con sus homólogos haitianos, en el marco de la dependencia económica de Haití respecto a su vecino. Todo ello hace que gravite sobre el futuro y sobre las perspectivas de la democracia en Haití el peso de la influencia dominicana.

Asimismo, la presencia de Cuba socialista, a escasos kilómetros de Haití, da a Estados Unidos y a los sectores más atrasados del país un pretexto para una recomposición autoritaria del poder oligárquico. Tal factor ha sido utilizado a todo lo largo de la dictadura y lo han vuelto a poner en el orden del día algunos publicistas estadounidenses al señalar la importancia estratégica de Haití y el peligro que constituye ahí el comunismo internacional. Además la propia presencia estadounidense tiene sus imperativos. Si bien desde el punto de vista de sus inversiones —que suman unos 200 millones de dólares— Estados Unidos tiene poco interés ahí, desde el punto de vista político, Haití es un dominio que desean mantener. La misma existencia en Estados Unidos de más de medio millón de emigrados crea un tipo nuevo de vinculación subalterna concretizada por los envíos de unos 150 millones de dólares anuales de transferencias, mismas que constituyen una parte importante de los ingresos en divisas del país.

A partir de este panorama se puede diseñar las perspectivas de la democracia en Haití. Las mismas corresponden fundamentalmente a demandas populares impostergables: la presión de una población que despierta a la vida política y que de repente descubre que su participación puede permitirle el acceso a satisfacciones vitales. Un país de fuertes contradicciones en donde la minoría del poder dominante absorbe la mayor parte de los recursos y riquezas y las desigualdades sociales, no han hecho sino aumentar de forma escandalosa desde hace más de un cuarto de siglo. Unas 3 800 familias son dueñas del 80% de la riqueza nacional y el número de millonarios —unos 500— contrasta con el hecho de que el 70% de la población está en un nivel de miseria extrema.

Se hace necesario una educación ciudadana sistemática así como la construcción de una democracia participativa y pluralista, conceptos que se debaten por primera vez en Haití, y que orientan la búsqueda de sectores jóvenes y patrióticos, ávidos de participación e innovación política. Tales paradigmas de la democracia implican en sí una verdadera revolución en comparación de lo que han sido las prácticas y los planteamientos políticos en Haití.

También el tema del desarrollo está presente en el escenario, en función de la dramática necesidad de alimentación y de trabajo de las mayorías. La burguesía local nunca ha tenido un proyecto desarrollista. Incluso en el período 1915-1934, cuando la ocupación estadounidense tenía el poder de organizar la vida de la nación, a diferencia de otros países del Caribe y de América Central nunca promovió un esquema exitoso de desarrollo capitalista con base incluso en la economía de plantación. El modelo de desarrollo seguido hasta la fecha correspondió a los sabios lineamientos de expertos asesores estadounidenses y a toda la capacidad desarrollista y modernizadora de la burguesía local. La situación económica y social tan catastrófica que presenta Haití es muestra no sólo del fracaso del duvalierismo, sino de todo este modelo de desarrollo. Por ello, hoy se le cuestiona, ya que se ha mostrado incapaz de satisfacer las necesidades de las mayorías y las aspiraciones de progreso de la nación.

En un lugar de un diseño totalmente ineficaz trazado desde hace más de medio siglo por Estados Unidos, que en los últimos años, con el Plan Reagan para la Cuenca del Caribe recibió un nuevo impulso sin manifestar ningún resultado positivo, ¿cuál puede ser la estrategia de desarrollo alternativo?, ¿cómo resolver los problemas del subdesarrollo extremo y el analfabetismo, la desnutrición y el hambre? Un supuesto básico es que todos esos males acumulativos han sido producto de un régimen económico y social, y por lo tanto no pueden desaparecer mientras no desaparezca dicho régimen.

Pero, ¿cómo hacer desaparecer tal régimen económico y social?, ¿cómo promover nuevas fuerzas sociales más interesadas en la problemática del desarrollo?, ¿cómo terminar con la corrupción y la mentalidad de mendigos propias de la gestión gubernamental en las últimas décadas y cuyos resul-

tados son tan evidentes? Tales preguntas están a la orden del día en este momento en que Haití está buscándose a sí mismo.

También se plantea la grave cuestión de la soberanía. El punto de partida en esa cuestión ha sido la misma práctica de indignidad impuesta por el duvalierismo a la población, y que ha repercutido en el extranjero en toda clase de discriminación y humillaciones contra los ciudadanos de Haití, emigrados a América del Norte y Europa, e incluso al Caribe. Además, el trato desigual se da incluso en el país, entre los súbditos de las potencias dominantes y donantes de ayuda y la población. La imagen del país y del haitiano en el mundo resulta totalmente humillante para una nación que ha protagonizado la primera guerra de liberación nacional y acaba de demostrar la magnitud de su vocación libertaria.

Tales preocupaciones corresponden no a una opción ideológica, sino a una práctica histórico-social, a una necesidad que se afirma cada día como factor de conciencia a nivel de toda la nación, y acompañan la búsqueda de una nueva sociedad que sea regida por un tipo de vinculación internacional, orientada con base en la igualdad, el respeto mutuo y el ejercicio auténtico de la soberanía.

Así que las alternativas de la democracia, del desarrollo y de la soberanía, así como la conciencia de la necesidad de construir tales alternativas son los pilares del momento histórico en que las masas han irrumpido en el escenario político con una fuerza descomunal. Se trata de un fenómeno social y cultural de una gran riqueza, que reitera para los sociólogos latinoamericanos la cuestión de las vías anchas y diversas del proceso democrático y revolucionario en el continente. El movimiento social, los cambios políticos que se están produciendo en Brasil, en Argentina y el Uruguay han destacado por sus especificidades y diversidades. Es de notar que, en Haití, el pueblo rompió el esquema de democratización desde arriba que se proponían aplicar las fuerzas en el poder, internas e internacionales. Fue el pueblo quien rompió el poderoso esquema fascista de dominación y no el imperialismo, ni las clases dominantes locales, en una suerte de examen de conciencia de su fracaso y en una medida de mediatización del descontento popular. El esquema allí es sensiblemente diferente de lo que ha ocurrido en la España de Franco o en el Cono Sur.

En Haití se está dando un proceso de cambio con un contenido popular y democrático susceptible de ser canalizado hacia una verdadera revolución en la medida que los sectores revolucionarios cumplen con un papel de conducción a la altura de estas posibilidades. Todo ello, en el marco de una situación en que los pueblos del Caribe y de Centroamérica han hecho irrupción en el escenario mundial, en que en las relaciones de fuerzas a nivel latinoamericano han influido la presencia de gobiernos y fuerzas políticas abocadas a un ejercicio mayor de la soberanía, en un contexto mundial, y finalmente en que las fuerzas del progreso amplían sus horizontes pese a la agresividad del imperio.